DIANA

POR

JORGE C. TRULOCK

—Busco una mujer. Es pintora, y se llama Diana. Es inglesa, y la conocí en un puerto. ¿Usted sabría decirme su paradero?... Tenía el pelo negro, y vive aquí, en Londres. Era alegre y clemente para el amor... La conocí una mañana en el mar. ¿Realmente no sabría usted nada de ella..., en dónde vive, qué familia tiene; al menos, es buena pintora? Su boca era grande, y el cuerpo, pequeño y bonito. Llevaba un traje de baño corriente, negro; tenía los labios agrietados, y su piel blanca, colorada por el sol. No sabía español. Se lo ruego, he preguntado en todas las direcciones de teléfonos, de estudios de pintura, escuelas, museos..., y nada. Usted es mi última oportunidad. Haga memoria. Esfuércese, por favor. Oriénteme usted: la conocí en Mallorca, era sensata y consciente. Se llamaba Diana, y tenía veinte años; ahora, sin duda, tendrá más. Nos sentamos junto al mar, junto a las rocas, en lugares propicios para amar. Dígame, por favor; ¡no, no!, no cuelgue..., es algo muy importante para mí. Espere, espere, que voy a echar otra moneda. Nos llegamos a entender, aunque entonces mis conocimientos del inglés eran elementales; pero ya sabe usted... Realmente debía ser moderna en su pintura; en su manera de pintar al menos, pues ella era moderna. Era delgada, la piel fina, uno sesenta de estatura; bueno, no...; sí, no debía ser más alta. Yo mido uno setenta y cinco, y me llegaba a la boca; sí, no hay duda: uno sesenta debe ser su estatura. Ella era morena; extraño, ¿verdad?... ¡Je, je! Extraño para una inglesa; pero es que no era inglesa propiamente. Mejor, inglesa y francesa. Su madre era francesa; ya sabe usted, la comunicación entre los pueblos, las corrientes migratorias, la cercanía de los países; todo, en fin... Es parte de mi vida, sabe usted, y a mí me gustaría reconstruirla; a ella también, seguramente. Le gustaba el melón y la sandía... Pero qué le digo; usted perdone, no sé exactamente la traducción al inglés de melón y sandía. Son dos frutos meridionales. El melón es como un huevo grande..., como un balón de rugby, blanco y jugoso, y azucarado. Le gustaba mucho; bueno, ¿a quién no le gusta? A usted también le debe de gustar; nos gustaba a los dos, y eso que para mí no es ninguna nove-

dad. Ya sabe usted...; claro, claro, meridional. La sandía es de superior calidad; bueno, es otra cosa, no quiero ofender a nadie. Allá se considera de inferior calidad; ya comprenderá, cuestión de gustos, pero es también muy bueno. Es azucarado y jugoso igual que el anterior; pero su forma es distinta: redonda como una bola, y grande; incluso más grande que un balón de fútbol. A Diana le gustaban por igual; así lo creo, al menos. Nunca le pregunté sus preferencias en este punto. Tampoco tuve tiempo para ello. Estuvimos juntos sólo unas horas de la tarde. Allí, igual que le ocurriría a usted si fuera, se levantan pronto los extranjeros; también se acuestan muy pronto: quieren aprovechar las horas de sol. Es natural. ¿Me oye usted? Aquí, en Londres, estamos en... ¡Un momento! No cuelgue; un momento, que voy a echar otra moneda. Le decía que aquí, en Londres, ahora estamos en agosto, y, sin embargo, apenas hace sol. Usted me podría decir que esto es discutible...; el día tampoco es propicio... Pero no importa: aun así le diré que este sol nunca puede llegar al meridional. Pero no es para ponerse triste. Basta un ligero conocimiento geográfico para no entristecerse. Londres está más al Norte que mi país. Ella me dijo que no tenía inconveniente en pasear a la orilla del mar con un español. Yo, loco de contento, la fuí a buscar a su hotel. Tenía el cuerpo pequeño, los pechos pequeños, la piel muy tersa y blanca. Llevaba un traje de tela muy fina, por eso se lo digo. Un traje para país caliente. Ella se sentó a mi lado, y me besó entrañablemente, igual que si fuera su gran amor... ¿Comprende usted mi interés? Era dura y fuerte de cuerpo. Sonreía cuando le hablaba. No entendió lo que dije, pero Diana sabía que eran cosas bonitas. Cuando era ella la que hablaba, yo también sonreía. No sé tampoco, es cierto, si eran cosas tiernas y agradables; pero tenía una voz tan melodiosa. Recuerdo que, cerca, los niños jugaban a un juego. De pequeños lo juegan todos los españoles; aquí, entre los ingleses, quizá no se haga: se llama el escondite... Los niños se escondían entre los matorrales de la playa; la playa era agreste y salvaje. Diana, también. Era dura, fuerte, infantil. No sé qué decirle de sus preocupaciones. No sé nada de ella. Quizá usted, siendo inglés... Al menos viviendo aquí, en Inglaterra... A la vuelta de la playa se hacía tarde para ella; ya le hablé de sus congéneres, la vida que hacen en los países de sol; me cogió del brazo levemente, con mucho cuidado, y me habló en inglés; yo le contesté: "Claro, claro", y ella me sonrió. Fué todo muy rápido, no más que un par de horas. Ella tendría que regresar a trabajar. Era amante de lo natural, de las montañas, del mar, de la sencillez, de la vida. Por

la playa corrió hasta caer agotada; parecía una muchacha pagana. Cumplía su misión, el rito. No se preocupaba de la forma. Ella hacía las cosas de una manera natural. Recuerdo que no podía pronunciar mi nombre. Hacía unos esfuerzos horribles con la garganta, pero le resultaba imposible. Ponía unas caras muy graciosas. Yo, entonces, la acariciaba, y ella se dejaba como un animalito dulce, como una ardilla amaestrada. El cuerpo se le ponía lacio, tranquilo; ella, que todo era rigidez, fortaleza. Hablábamos con frases muy simples... Perdón, perdón, otra vez. ¡La moneda, la moneda! No tengo moneda cambiada. ¡Oiga, oiga! No; no es a usted... Sí; a usted, camarero: déme una moneda para el teléfono... Gracias. Sí; es que me dió un camarero muy amable una moneda para continuar hablando con usted. Usted, que también es muy amable. Decía que hablábamos con frases muy simples. La tierra es fuerte. El aire es caliente. La tarde, bonita. El sol... Ella decía una frase y yo otra. España es bonita. Inglaterra es bonita. El amor es grande. Así, frases y frases. Ella me cogió del brazo, e intentó decir mi nombre. Yo dije el suyo limpiamente. Ella me señaló una montaña. Mi hombro. Se señaló a ella. No entendía bien lo que quería decir. Es muy importante el que la encuentre. ¿Me oye usted...? Me dió un objeto y quería enseñárselo. Era un objeto simple; me da algo de vergüenza decirlo: era una piedrecita de la playa. Pero no sé...; cualquier nadería feliz se recuerda mucho tiempo. Ahora, aprovechando unas cortas vacaciones en un país, en su bonito país, quería hablar un rato con ella. Sólo se viven unos pocos momentos. La vida está muerta. Y yo, con ella, viví. Quería, al menos, con esta conversación, que usted ha sido tan amable en participar, recordarla un poco con una persona de su misma raza, que incluso ha estado en el mismo club que ella, que quizá se haya cruzado con ella en la calle, que habría viajado, acaso, en el mismo autobús... ¿No le parece normal mi posición? Usted dígame, por favor, ya que conoce todo Londres, es fácil que se la haya cruzado por la calle. Dígame, ¡es cuestión de vida o muerte!, se la habrá cruzado seguramente, ¿no le parece?

LA CAMILLA

Una ciudad, seis personajes; cada personaje, un pueblo. Una ciudad, centro de un gran territorio. Seis pueblos, seis personajes, dentro de una habitación. Una ciudad, una habitación, una mesa y seis personajes. Una ciudad del interior, montañosa, artificial, no

costera. Una habitación sin ventanas, interior. Una mesa redonda con faldones.

—Ella se casó, y lo le dije: "La cutrería, el ser cutre, es un mal muy malo." Y ella me contestó, reservada, pero casi ligera: "No soy cutre por cutrería, me han hecho así. Me han hecho así la pobreza, la maldad, el lugar, y soy una víctima." Vamos, que me dijo que era víctima de las circunstancias.

En una ciudad interior, en una habitación interior, cinco hombres escuchan, alrededor de una mesa redonda, fumando, bebiendo, en pleno invierno, con los pies encima de un brasero, lo que dice otro. Doce pies están calentándose, rodeando un brasero de cisco de lujo.

—A mí me dijo ella: "Yo soy heroica, soy una heroína. Héroe mi padre, héroe mi abuelo, héroe mi primer antecesor. Heroína mi madre, heroína mi abuela, heroínas todas las mujeres que me precedieron. El hambre en mi tierra da ánimos para el heroísmo." Y dejó de hablarme. Nunca me volvió a decir esta boca es mía. Realmente era heroica.

Alrededor de un modesto calentador, seis hombres comentan, lejanos de su oficio, del diario trabajo, de su tierra. En el aire, un extraño ideal, un raro sopor, mezcla de muchos sinsabores: las alejadas escenas de la niñez.

—La mujer siempre dice algo. La alegre, más que ninguna. Esta decía: "Cuando nazca el niño, Manuel, cuando nazca el niño..." Yo, entonces, era muy joven y muy brusco. Ella me quería mucho...; yo era un salvaje, y le contestaba siempre de mala manera: "Cuando nazca, cuando nazca...; mejor será que no nazca." Nació y todo se fué abajo. Todo cayó. Cayó (de caer) el amor, cayó la alegría, cayó todo... Nunca podré olvidar...

Seis hombres, seis defectos, seis pueblos; un hombre, un defecto, un pueblo. Es la mordedura del tiempo, es la unión de aquéllos en el tiempo, en el espacio; es la desunión de éste en partes. El hombre solo busca compañía para vivir. Al fin, seis hombres solos, reunidos cerca de una calefacción familiar, se remontan en el tiempo, buscan su niñez y la cuentan sencillamente. El hombre solo es sencillo. El hombre, cuando está solo, busca únicamente compañía, pero con sencillez, con ahinco. Seis contertulios esperan que den las dos para intentar cumplir con el rito.

—La mujer de turno, la mujer que toca, de la que tengo que hablar, ya que cada uno tiene que decir algo sobre la mujer, sobre su mujer, era meticulosa, hacendosa. Era una mujer amante de la

medida. A mí me decía siempre: "Ama la medida, la mesura, y de esta forma mide todo, absolutamente todo. No dejes nada fuera de la mesura. Coge la cinta métrica y mide. Mide a tus hijos, y saca una proporción, proporciónalos entre ellos. La medida nunca está de más." Yo trabajaba de contable, y después del trabajo me entretenía midiendo. A mí me daba lo mismo medir o no medir; ella lo quería..., y yo no era caprichoso. Medía todo: la casa, los hijos, sus perímetros torácicos, las persianas, los estantes. Tenía toda la casa en medidas. De aquí a aquí, tanto. De la mesa al cuadro..., de la mesa al otro cuadro..., de la mesa al otro cuadro... Todo medido. La medida.

Cada personaje, un pueblo. Una mesa redonda, con faldones o sin faldones. Doce pies al calor. En el aire, como un recuerdo fácil, las alejadas escenas de la niñez. El hombre solo se aburre; es sencillo, pero se aburre. Un hombre, cuando se aburre, lucha contra el aburrimiento. Busca compañía, compañera, pero se aburre. Un hombre y una mujer se casan para espantar el tedio, y a los diez días se aburren nuevamente.

—Siempre estaba hablando de cosas absurdas, no muy explicables; de herencias biológicas. Se torturaba con los parecidos, con las descendencias, con el origen. Había estudiado, incluso en libros centroeuropeos, la quiromancía, el espiritismo, la escritura; pero todo esto lo hacía solamente para abarcar más. Su tema preferido era la herencia, y con ella se remontaba miles y miles de años. "Tres mil años de formación de un pueblo. Cuatrocientos años de formación de un pueblo. Doscientos cincuenta años de formación de un pueblo." Todos los pueblos los comparaba con el suyo, infinitamente más antiguo que los demás. Era fantástica en sus cuentas. Hablaba de cientos y miles de años como de días. Como si fuera anteayer, hablaba de un pueblo cuyo origen se remontaba a cinco mil años.

Seis hombres aburridos, diferentes en todo, comentan, por no comentar otra cosa, la intransigencia humana, la inmundicia, el desorden, la escalofriante incultura de un pueblo. Un pueblo que no se inmuta por nada, que se deja pisotear hasta el hastío, que no puede o no quiere alzarse por nada. Un pueblo que se contenta con hablar alrededor de una inútil camilla familiar; hablando de sus defectos, de sus virtudes; hablando continuamente de su origen, de su trabajo...

—Al final de su vida me dictó su epitafio: "Coge papel y lápiz —me dijo—que te voy a dictar mi epitafio... Aquí yace la memo-

ria, el recuerdo, los restos de una mujer trabajadora." Su voz se fué apagando lentamente. Apenas pudo terminar su epitafio. Decía: "¡Mi epitafio! ¡Mi epitafio!" Se levantaba al alba para trabajar, y bien entrada la madrugada se acostaba, rendida, agotada, sin ganas de nada. Su raza la hundió, la mató. Su raza fué la causa de su pérdida casi prematura.

Los pueblos se empiezan a hundir nada más nacer. Un pueblo empieza a decaer desde su origen. El que haya un hombre, un pueblo, una ciudad, una mesa, un calentador, una conversación, no conduce a nada. Un pueblo se hunde contra viento y marea. El hombre lo que puede hacer es aligerar su caída. Lo que puede hacer el hombre es desear su definitivo hundimiento. El ahorro, el hambre, la alegría, la medida, el trabajo, la herencia, poco importan. Más importa la tierra.

En un territorio, en un pueblo, en una ciudad, los pies al amor del fuego, los brazos al apoyo de la mesa, la inteligencia al resguardo de unas copas de vino, un hombre, dos hombres, seis hombres comentan indecisos, remontando la Historia, el paso de ella.

—Mi padre, el dilapilador, me dijo: "El ahorro, hijo mío..."

—Mi madre, reventando de comida, me susurró: "El hambre, hijo, la..."

—Mi tío, alegre, casi cantando, me dió a entender: "La tristeza..."

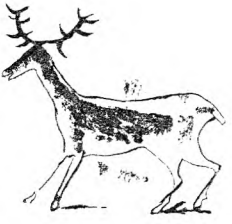
—Mi hermano, el que desbarata, el que entorpece el más leve orden, me soltó de pronto: "Acuérdate, hermano, acuérdate de la medida."

—Mi maestro, el holgazán, me dijo con énfasis: "El trabajo..."

—El estudiante de mi pueblo, el que explicaba todo, nos dijo: "Es inexplicable: de dos muertos..."

En cada lugar, pequeño, grande, los hombres, los muchos hombres, trabajan, guardan, ríen, miden, padecen calamidades, se sobrecogen en un momento cualquiera.

Seis hombres, cada uno en su lugar, uno remoto, otro apartado, otro lejano, otro absurdo, robustos por las inclemencias, curtidos por los azares, fuertes por las tempestades, cubiertos torpemente por pieles, no lejos de sus casas, sus cuevas, sienten sobre sus carnes el paso del tiempo. Un hombre afila su civilizada piedra. Un hombre protege su guarida, sus cosas, de la rapiña. Un hombre mide con su estatura la entrada de una cavidad. Un hombre tantea

con su tantán el ruido de los objetos. Un hombre tumbado en tierra, ingrávido, con un extraño dolor en el cuerpo, espera lo inesperado. Un hombre contempla sobrecogido las estrellas, los mundos.

En la creación. En la escala de animales, uno va a llegar a ser el más perfecto.